

— ¿Véis aquí arriba este vasto lugar en que parece que no hay habitantes?

— Le vemos, y también la puertecita que está al fin de ese camino tan poco trillado, por ser á lo que parece áspero y pedregoso.

— Ahora observad aquel elevado monte á cuya cima conduce una vereda tan estrecha y flanqueada de horribles precipicios por ambos lados; ese es el camino que guía á la verdadera Ciencia.

— ¡Qué difícil y horroroso parece!

— Verdaderamente atemoriza su vista al que todavía no bien resuelto se dirige por él con pié vacilante. Mirad ahora hácia la cumbre del monte aquella roca alta, grande y escarpada, sobre la cual brillan aquellas dos matronas bellas y bien formadas, las cuales con rostro risueño y modesto y con admirable ligereza alargan las manos á todo el que intenta subir allí arriba, al mismo tiempo que le animan con sus voces y ademanes.

— ¡Qué aspecto tan majestuoso tienen! ¡Qué dulzura tan noble y tan encantadora! ¿Mas quiénes son esas?

— La una es la Continencia, y la otra la Constancia, hermana suya: estas exhortan, como yo os decia, á los virtuosos á que tengan ánimo y continúen intrépidos en su subida, repitiendo sin cesar con una amable sonrisa que les queda poco que fatigarse y sufrir, y que muy pronto van á conducirlos ellas mismas á una vida muy tranquila y alegre.

— Cuando llega el hombre al pié de aquella roca inaccesible, ¿como puede llegar á su cumbre? No vemos sendero ninguno.

— Entónces esas dos amabilísimas diosas se lanzan de la roca, y tómandole en sus brazos, le trasportan á lo alto, y allí le infunden tan grande valor y tanta fortaleza de ánimo como juzgan serle necesario para que llegue á la posesion de la verdadera Ciencia, adonde tienen costumbre de guiar á todos. En efecto, le acompañan ellas mismas por aquel camino que véis allí tan ameno, tan llano, tan espacioso y tan sin peligros.

— Á fe que parece ser como indicáis. Ahora tened la complacencia de explicarnos qué significa aquel lugar tan bello, al que no hay prado que se iguale en la amenidad y que está bañado de tanta luz cerca de aquel sombrío bosque... Y aquel otro recinto luminoso que se ve en medio del risueño prado y cuya puerta está abierta, ¿qué representa?

— Esa es la morada de los Bienaventurados: en ella residen la Felicidad y todas las Virtudes.

— ¡Qué amenidad! ¡Qué sitio tan tranquilo! ¡Qué encanto!

— ¡Eh! Observad ya aquella mujer bella y majestuosa que está cerca de la puerta de la morada de los Bienaventurados, de mediana edad, que tiene un vestido sencillo y de un solo color, tan limpia y adornada, y que no está colocada sobre una bola, sino que descansa con

firmeza y seguridad sobre aquella piedra cuadrada.

— Exactamente, y á sus lados tiene dos niñas que parecen hijas suyas.

— La que está en medio es la verdadera Ciencia y está acompañada de la Verdad y la Persuasión.

— ¿Por qué está colocada la verdadera Ciencia sobre una piedra cuadrada?

— Para que todos los que llegan á ella estén persuadidos de que ya no tienen que vacilar, ni verse privados de los dones que han recibido de ella.

— ¿Qué dones son esos?

— La verdadera Ciencia llena á los hombres de confianza y abuyenta de sus corazones todo temor servil.

— ¿Y no adquieren mas que confianza y valor?

— Les da además la sabiduría por medio de la cual están ciertos de que ya no experimentarán en la vida ningun mal ni molestia.

— ¡Oh dones preciosísimos! Mas decidnos ¿por qué razon la verdadera Ciencia está fuera del recinto?

— Para poder acoger amorosa con mas prontitud á todos los que se le presentan, é infundir en su ánimo los remedios que basten á curarlos de las cualidades venenosas que bebieron en el cáliz de la Lisonja, á fin de que libres enteramente de ellas les sea mas fácil encaminarlos á las Virtudes.

— No comprendo de qué modo.

— Lo comprenderéis reflexionando sobre el ejemplo que voy á poner. Cuando os véis acometido de alguna grave enfermedad, llamáis inmediatamente á un médico, el cual prudente y sabio se esfuerza en librar vuestro cuerpo con remedios oportunos de todas las causas de la enfermedad de que estáis aquejado: de este modo recobráis la salud con la ayuda del médico. Mas si os empeñáis en no obedecer sus preceptos, se enojará con razon, os abandonará en vuestro infeliz estado y moriréis víctima de la enfermedad.

— Hasta aquí lo entiendo.

— Del mismo modo el hombre que confía en la verdadera Ciencia se ve curado á tiempo, y por virtud de ella queda muy pronto libre de todos los males de que estaba rodeado é inficionado al presentarse á ella.

— ¿Y cuáles son esos males?

— ¿Es menester que os lo repita? La Ignorancia, el Error, la Arrogancia, la Codicia, la Incontinencia, la Ira y todas las demas pasiones criminales de que habia estado poseido en el primer recinto.

— Y despues que queda libre de las pasiones, ¿adónde es conducido?

— Á la mansion de las Virtudes, á la posesion de la Ciencia.

— ¿Qué Virtudes son esas?

— Ved ahí mas allá de la puerta una reunion de mujeres de bello carácter y bien ataviadas al

parecer, y con vestidos sencillos y modestos; con lo que dan á entender que no tienen en sí nada de afectado ni exagerado. La primera y principal entre ellas es la Sabiduría; las demas, que son hermanas suyas, son la Fortaleza, la Justicia, la Probidad, la Templanza, la Modestia, la Liberalidad, la Continencia y la Mansedumbre.

— ¡Qué reunion tan amable, tan noble y tan santa! ¡Qué esperanzas no hace concebir al hombre que es admitido en ella!

— Redoblad vuestra atencion y procurad imprimir bien en vuestras ánimos lo que voy á deciros ahora, pues es de suma importancia.

— No dudéis que pondrémos todo el cuidado posible para no perder una palabra.

— Haciéndolo así, conseguiréis vuestra salvacion.

— Decidnos ántes cuando el hombre es admitido entre esas Virtudes, ¿adónde le guian?

— Adonde está su madre.

— ¿Y quién es la madre venturosa de tan bellas mujeres?

— La Bienaventuranza ó la Felicidad.

— ¿No podréis mostrárnosla?

— ¿Véis el camino que conduce á la cumbre de aquella colina rodeada de todos los recintos descritos como una fortaleza de sus baluartes? Pues observad aquella mujer de incomparable belleza que en aquella mansion resplandeciente está sentada sobre un trono elevado con tanta naturalidad, vestida sin afectacion y con la cabeza adornada de una corona de flores. Esa es la Felicidad.

— ¿Qué sucede al hombre que es conducido á la presencia de una mujer tan noble?

— Ella acoge alegre á ese infortunado y con sus propias manos le pone en la cabeza una corona por virtud de la cual se le infunden sus divinas cualidades: despues le rodean todas las Virtudes humanas, y le conducen en triunfo, como los vencedores ilustres de los combates mas peligrosos.

— ¿Y en qué batallas ha quedado victorioso?

— ¿Es poco el haber hecho frente á aquellos horribles monstruos, que si no le devoraban ántes, á lo ménos le atormentaban y tenían en la esclavitud mas ignominiosa? Él los venció y ahuyentó lejos de sí; y con un valor heroico se venció también á sí mismo, haciendo esclavos suyos á los mismos monstruos que ántes le tenían prisionero.

— ¿De qué monstruos habláis?

— En primer lugar de la Ignorancia y del Error, que son los monstruos mas asquerosos y difíciles de vencer. Siguen luego la Miseria, la Tristeza, la Avaricia, la Disolucion y todas las demas clases de maldad y corrupcion, á todas las cuales no solo no sirve ya como ántes, sino que las sujetó á su imperio y las tiene esclavas.

— ¡Oh empresa grande y digna del hombre magnánimo! ¡Oh bella y gloriosísima victoria!

No puedo olvidarme de la corona que sobre la cabeza de ese hombre pone la Ciencia. Decidme, ¿no tiene algun nombre particular ó alguna virtud extraordinaria?

— Se llama *Beatífica*, porque el que consigue adornar con ella su frente es feliz y bienaventurado, y solo cifra la esperanza de su bienaventuranza en la salvacion de su alma.

— El hombre ¿qué hace despues de ser coronado?

— Las Virtudes le toman en sus brazos y le vuelven al mismo lugar en que ha empezado su fatigoso camino; allí le indican las desdichas á que están expuestos los malos, sus pérdidas acciones, y la vida tan infeliz que pasan, cuántas pérdidas experimentan, en cuántos errores caen y qué esclavitud tan larga les está reservada bajo el dominio despótico de innumerables enemigos. Algunos son esclavos de la Incontinencia, otros de la Arrogancia, otros de la Vanagloria y de otras mil pasiones y vicios hasta el punto de no poder librarse nunca de las miserias en que yacen encadenados, ni pasar el camino que conduce á la Ciencia; por lo cual su vida es una continua serie de confusiones y de males, en justo castigo de no haberse cuidado de seguir los consejos, ni obedecer los preceptos que recibieron del Genio al entrar en el primer recinto.

— Vuestro razonamiento me parece exacto; mas me quedan algunas dudas sobre la causa que pueda haber para que los hombres despues de haber llegado á la Felicidad sean conducidos de nuevo á aquel lugar en que empezaron su carrera.

— Cuando los hombres se presentan á la puerta del recinto mas vasto, ignoran enteramente lo que tienen que hacer allí dentro, no habiendo hecho mas que saborear la Ignorancia y el Error; de aquí es que vacilantes tienen por bueno lo que realmente no lo es, y por malo lo que tampoco es tal. No es extraño, pues, que vivan mal como la mayor parte de los que allí se detienen. Mas luego que son coronados por la Ciencia, conocen lo que puede ser útil, bueno y decente, y en virtud de ella gozan una vida en extremo tranquila, y con provecho suyo contemplan, para odiarlas y evitarlas, todas las acciones malas de los malos.

— Supongamos que el hombre feliz ha contemplado todo esto, ¿qué utilidad saca de ello? ¿Qué va á emprender? ¿Adónde dirigirá sus pasos?

— Nadie es mas libre que un hombre que no está sujeto á los vicios y al error; va adonde mas le agrada con tanta seguridad como si se hubiese hecho dueño de la *cueva coricia*; adonde quiera que se dirige, vive segun la recta razon con entera tranquilidad; todos los demas hombres le llaman á su lado con un placer inexplicable, como los enfermos al médico. Así que ya no temerá los insultos, ni las asechanzas de aquellas mujeres que como otros tantos monstruos os he indicado ántes. Bien lejos de

esto las hollará con su pié, no pudiendo ya causarle incomodidad ni la Aflicción, ni la Tristeza, ni la Intemperancia, ni la Avaricia, ni la Pobreza. Manda á todas, y son sus esclavas las mismas que ántes le tenían esclavizado; sucediendo exactamente en esto lo mismo que se dice de aquellos á quienes ha mordido una vez la víbora: todas las fieras que matan ó hacen daño á los demas no pueden dañar á estos, sirviendo el veneno de la víbora de antidoto contra el de las otras fieras. En efecto, los daños que al hombre coronado por la ciencia le hicieron temer ó sufrir las pasiones de que se libertó, le sirven de antidoto contra los vicios y las demas miserias humanas, por lo que nada puede dañarle en lo sucesivo.

— Estamos plenamente convencidos de la verdad de vuestras palabras; pero ¿quiénes son aquellos que bajan por el otro lado de la colina, de los cuales algunos llevan coronas en la cabeza y van muy alegres, en tanto que otros no las llevan y parece que llenos de desesperacion se arrancan los cabellos y se arañan las carnes, aunque van acompañados de ciertas mujeres?

— Los que llevan corona son los que sanos y salvos llegaron á conseguir la verdadera Ciencia, y por eso indican sus semblantes el gozo de que está lleno su corazón. Los que van con la cabeza desnuda son los que desesperando de poder subir á tanta altura, se reducen á pasar una vida miserable. Ademas, otros que han recurrido muchas veces á la Constancia y no han sabido perseverar en el camino recto, y otros que por temor de verse acometidos ó atemorizados con lo áspero y largo del camino han desistido de la empresa y andan errantes en varias direcciones por sendas extraviadas que conducen lejos del verdadero término.

— ¿Quiénes son aquellas mujeres que los van siguiendo y deteniendo sus pasos?

— Son la Tristeza, la Molestia, la Ansiedad, la Ignominia y la Ignorancia.

— ¿Luego todos los males van detras de ellos?

— Todos; y cuando en el primer recinto se entregan á la Disolucion y á la Incontinencia, no se acusan á sí mismos de una locura tan manifiesta, sino que intentan con calumnias echar la culpa á la Ciencia y á los que la siguen. ¡Tan desgraciados son los que se alejan de esta! Efectivamente, su vida es una continua miseria, y no pueden gozar nunca de los bienes que aquella dispensa.

— Para alejarse de ella es menester que esos infelices estén presos en otra parte, y que consideren como bienes cosas que realmente no lo son.

— Así es la verdad. Ellos tienen por bienes la lujuria, la Intemperancia, la Gula, la Embriaguez y el trato frecuente con las mujeres públicas: en una palabra, hacen consistir el sumo bien en una vida de bestias...

— Decidnos por favor, ¿quiénes son aquellas

mujeres que risueñas y juguetonas se adelantan por aquella parte?

— Son las Opiniones que guian al albergue de la Ciencia á aquellos que se muestran aficionados á las Virtudes. Véis que se alejan algun tanto del camino recto en distintas direcciones; mas hacen esto para encaminar á él á otros que están extraviados, dándoles aviso de que aquellos á quienes han guiado ya hácia la colina, han conseguido la felicidad.

— ¿Cómo es eso? ¿Las Opiniones tienen entrada en la mansion de las Virtudes?

— No es lícito á las Opiniones permanecer junto á la Sabiduría: su único oficio es poner en poder de la Ciencia á los hombres que dirigen: hecho lo cual se vuelven atras para invitar y dirigir á otros, del mismo modo que una nave despues de haber dejado en el puerto las mercancías que conducía, se vuelve nuevamente en busca de otras.

— Hemos entendido perfectamente todo lo que os habéis dignado explicarnos; ahora esperamos que nos hagáis el favor de decirnos qué órdenes da el Genio á los que van á entrar en la Vida.

— Vuestra curiosidad y la paciencia que mostráis, me hacen esperar que váis á sacar mucho fruto de nuestra conversacion presente. Cobrad nuevo ánimo, y no dudéis que todo os lo explicaré, y que no me olvidaré de nada de cuanto pertenece á esta pintura.

— Os damos las mas sinceras gracias y seguimos escuchando.

— Volved de nuevo la vista á aquella ciega que parece estar en pié sobre una piedra redonda, y que os he dicho hace poco que se llama Fortuna.

— Ya estamos mirándola.

— Ahora sabed que el Genio manda que no se preste fe á esta, sino que por el contrario se tengan por inestables, inseguras y efímeras las cosas que recibamos de ella; porque nada puede estorbar que, cuando se la antoje, se las quite á aquellos que las habian obtenido primero, para dárselas á otros, segun tiene de costumbre. Por esto el Genio avisa seriamente á los hombres que no estimen en nada los dones que ella les proporcione, y por consiguiente que no se alegren cuando los reciban, ni se entristezcan cuando se vean privados de ellos. Les dice ademas que nunca se debe alabar, ni vituperar á la Fortuna, porque todas sus operaciones las ejecuta al acaso y sin que tenga parte en ellas la menor sombra de razon ó consejo, por lo cual, aunque á veces parezcan grandiosas y bellas, no se deben admirar, ni tampoco despreciar cuando se crean viles y criminales; de otro modo, pueden compararse con aquellos banqueros, que al recibir dinero, se alegran como si fuese cosa suya, y cuando se lo piden, lo toman á mal y se creen injuriados y ofendidos por el amo de aquel, olvidándose de haberle recibido en depósito con la condicion de restituírle al tiempo convenido

al que se le ha entregado. La Fortuna suele arrebatár á algunos lo que les habia concedido y volvérselo á poco tiempo con un aumento considerable; otras veces no solo despoja á los hombres de cuanto les habia dado, sino tambien de todo aquello que habian conseguido sin su intervencion, así que, concluye el Genio, no se deben despreciar sus dones; pero tampoco se deben apreciar mucho, ni hay que tomar empeño por conservarlos, porque si el último partido es censurable y perjudicial, el primero es muy laudable, como que mejora y aumenta los medios de poder avanzar hácia la mansion de la Felicidad, despues de habernos instruido y curado por medio de la Ciencia.

— ¿Debe el hombre aceptar los dones de la Fortuna como otros tantos medios para conseguir los estables é inmarcesibles que puede recibir de la Ciencia?

— Sí, para que consiga su salvacion.

— ¿Qué entendéis por salvacion en este caso?

— La verdadera ciencia de las cosas útiles, que es un don estable, cierto é inmutable. Por eso el Genio manda á todos los hombres que recurran á esta Ciencia, y cuando tengan que pasar junto á aquellas otras mujeres ya mencionadas, que son la Disolucion y la Incontinencia, quiere que inmediatamente dirijan sus pasos á otra parte y no les den oídos, continuando su marcha hasta llegar á las inmediaciones de la falsa Ciencia.

— ¿El Genio mandará tambien que el hombre se aleje inmediatamente de esta?

— Antes, por el contrario, le manda que se entretenga y hable con ella algun tiempo para sacarla todo lo bueno que tiene, pues suele prodigarlo al que se detiene un poco en su compañía. Los hombres podrán servirse de lo que adquieran aquí, como de unas provisiones muy á propósito para el largo viaje que tienen que hacer: conseguido lo cual, deben, por consejo del Genio, abandonar la Ciencia falsa, y llegar por el camino mas corto al recinto de la verdadera. Ved aquí, señores, lo que el Genio prescribe á los hombres en la época de su nacimiento. ¡Feliz el que obedece! Pero otro tanto infeliz el que practica lo contrario, ó no se cuida de cumplir sus órdenes con diligencia y puntualidad. Este último, despues de arrastrar miserablemente una vida en extremo desgraciada, morirá en medio de las calamidades mas vergonzosas y terribles.

— Por lo que veo, vos señalando y con vuestro sabio discurso, y nosotros atendiendo y con una utilidad y placer muy grandes, hemos llegado al término de la interpretacion de las pinturas contenidas en esa maravillosa tabla, y no podemos ménos de decirnos que os quedamos muy obligados. Pero nos irémos mucho mas satisfechos y contentos, si os dignáis sacarnos de varias dudas y desvanecer algunas ligerísimas nubes que nos dejarían en alguna oscuridad.

— Lo tendré á mucha gloria y no os ocultaré

nada que sepa, si queréis continuar escuchándome, y proponerme vuestras dudas.

— El Genio manda á los hombres que conversen con la Ciencia falsa para hacer algunas adquisiciones; ¿y qué cosa buena puede adquirirse de ella?

— La literatura, las bellas artes y las matemáticas, estudios alabados por Sócrates y Platon (hombres tenidos casi por divinos á causa de su saber), porque son como otros tantos frenos con que se mantiene á los jóvenes en el camino recto y se les hace emplear el tiempo que de otro modo dedicarían á ocupaciones perniciosas.

— ¿Y esas adquisiciones son tan sumamente necesarias que sin ellas no pueda el hombre llegar á la verdadera Ciencia?

— No hay una necesidad tan absoluta de ellas, pues solo son útiles, y contribuyen poco ó nada á hacernos mejores.

— Me parece que os contradecís. Si son útiles, ¿cómo no contribuyen á mejorarnos?

— Sin el auxilio de la literatura los hombres pueden ser muy buenos, por lo que es claro que no son indispensables para el que quiere llegar á serlo, si bien pueden proporcionarle alguna utilidad, como voy á demostrarlo hasta la evidencia con un ejemplo. Para saber ciertas cosas, si no poseemos la lengua en que están escritas, puede sernos útil uno que nos las interprete; mas si la supiésemos, no necesitaríamos de intérprete que nos las declarase. Así sucede con la literatura y las matemáticas, las cuales son intérpretes de ciertas cosas que no sabemos, pero de nada nos sirven respecto á las que poseemos; luego son inútiles para hacernos mejores.

— Parece que los literatos y los matemáticos deben ser mas aptos que los demas hombres para hacerse mejores.

— ¿Y por qué han de serlo? ¿Acaso no los vemos sujetos á engañarse en el conocimiento del bien y del mal? ¿Los matemáticos suelen estar ménos encenagados en los vicios que los demas hombres? Nada hay que impida al erudito, al literato y al docto el embriagarse, el abandonarse á la intemperancia y el ser avaro, injusto y traidor, lo que equivale á ser necio é insensato.

— Es menester confesar que no pocos literatos son como los pintáis.

— Luego debemos convenir en que la literatura no hace á los hombres mejores.

— Pero explicadnos con claridad la causa de esto, porque en el cuadro vemos á los literatos colocados en el segundo recinto, como hombres que se acercan á la Ciencia.

— ¿Y qué fruto sacan de eso? ¿No vemos á muchos pasar repentinamente del primer recinto al tercero, ó lo que es lo mismo, no los vemos lanzarse de en medio de la disolucion y todos los vicios, y volar á los brazos de la verdadera Ciencia? Estos se dejan atras á los matemáticos... Sin embargo, podemos exceptuar

á los necios y á los indóciles y obstinados, como son aquellos matemáticos que no llegan nunca á la verdadera Ciencia, porque los que están en el primer recinto tienen sobre los literatos la ventaja de no disimular que ignoran lo que no saben, en vez de que en el segundo recinto no se sabe ciertamente lo que se presume saber, y en fin, hasta tanto que estos no hayan depuesto una presunción tan ridícula é injusta, no pueden llegar á la morada de la verdadera Ciencia. Ya sabéis que también las Opiniones pasan libremente con ellos del primer recinto al segundo. De aquí es que los literatos no son mucho mejores que los demás hombres, á no ser que conozcan y se persuadan de que no han abrazado aun la verdadera Ciencia, sino la falsa que los engaña.

— Siendo esto así, los literatos, sin llenar la condición que habéis indicado, no pueden llegar á la Felicidad.

— Ciertamente. Ahora, señores, haced de modo que todos vosotros saquéis el debido fruto de las cosas que hemos visto y explicado hasta aquí, y no las dejéis borrar de la memoria, sino por el contrario, meditadlas continuamente.

— Pondremos todo el cuidado posible para hacer lo que nos encargáis; mas hacednos la gracia de no dejarnos hasta que no sepamos por qué no son bienes las cosas que los hombres reciben de la Fortuna, como son la Vida, la Salud, las Riquezas, la Gloria, los Hijos, las Victorias y otras cosas semejantes, y por qué no son males las cosas opuestas á las anteriores, como el Vituperio, las Enfermedades, la Pobreza y la Muerte. En mi corto entender esto parece una cosa muy absurda, extravagante é increíble.

— Voy á complaceros; mas para esto es menester que respondáis á mis preguntas, exponiendo con toda ingenuidad vuestro parecer. Cuando un hombre vive mal, ¿juzgáis que es la vida un bien para él?

— Á decir verdad, me parece que es un mal.

— Entónces ¿cómo puede ser un bien el vivir? La vida, pues, es un mal por sí misma, pues que lo es para el que vive mal.

— Mas el vivir bien parece que es un bien.

— Ved aquí de qué modo habláis bien y mal de la vida.

— Sé bien que una misma cosa no puede ser un bien y un mal á un tiempo; de otro modo lo útil sería dañoso, y las cosas que deben huirse serían las mismas que las que deben amarse. Pero ¿cómo puede no ser un mal el vivir para el que vive mal?

— ¿No os parece que el vivir y el mal se deben considerar como dos cosas distintas?

— Ciertamente.

— Por consiguiente, la vida no es un mal, porque si lo fuese, lo sería también sin duda para los que viven bien, y estos poseerían una cosa por sí misma mala, que es la vida.

— No me atreveré á negar nada de eso.

— Concluyamos, pues, que así como la vida

pertenece tanto á los que viven bien, como á los que viven mal, del mismo modo el vivir no se debe considerar ni como un bien, ni como un mal, á la manera que no se considera perjudicial, ni saludable una amputación ó un cauterio empleados en beneficio de un enfermo. Pero pasemos á otra cuestión. ¿Qué descartaríamos, vivir mal, ó morir santa y gloriosamente?

— Morir gloriosamente.

— Por lo tanto, el morir no es un mal, pues que muchas veces se debería anteponer al vivir. Ahora podemos aplicar el mismo raciocinio á la enfermedad y á la salud, porque á menudo es mejor no estar sano, y también á las riquezas, pues que vemos á muchos cargados con todos los bienes de la fortuna que viven muy mal.

— Y por cierto que el número de estos es infinito.

— Luego las riquezas no pueden hacer de ningún modo que estos vivan bien, mientras son malos, y por consiguiente no son ellas las que hacen buenos y de buenas costumbres á los hombres, sino la Ciencia.

— Tal es también mi parecer, pues que las riquezas no son capaces de mejorar á los que las poseen, y hay muchísimos hombres que por su bien no deberían tener riquezas, pues no se saben servir de ellas. Lo cual siendo así, ¿juzgaríamos que es un bien aquello que convendría careciese de ello el mayor número de los hombres?

— No; pero tampoco me negaréis que vivirá bien y felizmente todo el que sepa servirse bien, oportunamente y con prudencia de las riquezas, así como vivirá mal el que no sepa servirse bien de ellas.

— No lo negaré, y esto nos hará concluir, como varias veces hemos hecho, que las riquezas no deben ser deseadas con ansia como un bien, ni despreciadas, ni huidas como un mal, no habiendo cosa que tanto perturbe, inquiete y perjudique como el creer que la felicidad consiste en las riquezas y en los honores que nacen de ellas. En este caso llegan los hombres á creer que no se debe tener inconveniente en cometer cualquier maldad, cualquier impiedad para conseguir dichas riquezas y honores, y esto depende de que ignoran en qué consiste el verdadero bien, y en que no saben que este no puede resultar del mal.

— Demasiado lleno está el mundo de personas opulentas, que han llegado á esta posición por medio de las acciones más soeces y vergonzosas, como son las traiciones, los robos, los homicidios, las calumnias, las violencias, los fraudes y otras semejantes. Ahora bien, si de lo que llevamos dicho hasta aquí, se deduce que del mal no proviene el bien, y que las riquezas suelen ser causa de mil delitos, precisamente las riquezas no son el verdadero bien.

— Vuestro argumento convence.

— Por otra parte, por medio de acciones malas ni se puede conseguir la justicia, ni la sabiduría, así como en virtud de acciones buenas no

se puede caer en la injusticia, ni en la necedad, á causa de que las citadas cualidades, virtudes y vicios no pueden estar unidos. De aquí es que nada debe importar que un hombre sea opulento, que alcance victorias sobre sus enemigos, que adquiera honores y consiga otras cosas semejantes, si es de malas costumbres é impío, pues hemos demostrado que aquellas cosas no

son bienes, ni males, lo que sí importa saber es que solo la sabiduría es un bien y solo la ignorancia un mal.

— Tu sabio discurso, oh Sofrónimo, nos ha aleccionado bastante sobre el asunto de esta maravillosa pintura, y quedándote eternamente agradecidos, es ya tiempo de que te dejemos en paz.